

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de la Voz del Tajo. N^o 30. 29 de Diciembre de 1984

SUMARIO

- Poemas de Carlos Martínez-Pereda (pág. I)
Manet, pintor de intenciones, por Angel Crespo (pág. II)
La poesía y la ciencia, por Manuel Pacheco (pág. II)
Xoaquín Agulla: poeta de Galicia (pág. III)
El siglo XI andalusí, testimonio escrito, por Edmundo Comino (pág. IV)

Carlos Martínez-Pereda/Poemas



Dibujo de Carlos de la Rica

I
Tomó de los nobles lujos y alabanzas
Sus ávidos oídos la voz del Africano
Consideró hermoso cenar con Lelio
Por su encanto frecuentó la Villa Albana
Al fin Terencio en la miseria máxima
Huyó la mirada de los hombres
En una aldea de la Arcadia Magna
Nada valió Escipión o Lelio
Nadie pagó choza o torpe esclavo
Que nos anunciara su muerte.

II
Enano obeso immaculado libertino en habitación
Cubierta de espejos siempre vé el coito
Siempre cerca de Mecenas meretriz
Una envidiosa del triste Tíbulo
Tíbulo tribuno joven hacia los Elíseos
No pudo cantar las gestas del obeso Horacio
Perdido entre los espejos.

III
Quem tibi iam Troia
Cantó los pastos, los campos, los jefes guerreros
Y mandó que sus poemas fueran destruídos
Esos versos que loaron al jefe frigio.
Vario, Tucca y César por supuesto, lo impidieron
Bien Mirado también para la historia del Lacio.
Casi vuelve a quemarse Pérgamo
Una nueva pira en Ilión.

IV
Millonario en bienes de la mente
Por los dioses o por Nestis
Que discurre húmeda por el alma
De tal vez una ave marina.
Mayor que la fuerza de los ríos
Tal vez de Epicarmo o de Esmirna
De grandes resplandores
No se que versículo acróstico
De aquellos Comentarios
De la ley de reinar

O aquellos versos de Homero
Que cogió una soga y atosela al cuello,
Y se colgó de la copa más excelsa
De un altísimo guindo, y desde allí
A los infiernos descendió su alma.
Ir a los infiernos donde te muerde
La llama transparente e inmortal.
Llantos de Megara al Etna
Iris en el Arco de Jove.
Los magistrados que hizo
Necesitaron de otros magistrados
Pausanias entre ellos
Del que no se debe hablar ahora
La concordia enemista.
Discurría decía de ríos
Corrompidos, y se arrojó al fuego.
Murió en el Peloponeso.

V
Este muro es de jade
Estas cenizas son de Lao-Tsé
Todo un mundo pasado fue como él.

En santidad



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Manet, pintor de intenciones

Desde el balcón de piedra de Istria que casi toca, y desde el que puede tocarla mi mano, la fachada lombardesca de la iglesia de San Gerólamo, veo la espléndida panorámica de la orilla de enfrente del Canal de la Giudecca: a mi izquierda, y muy a lo lejos, la fachada del templo de las Zitelle—donde aprendían a cantar y bordar las recogidas— de inspiración paladiana; y ya más cerca, la espléndida del Redentor, inventada por el propio Paladio y elevada, en cumplimiento de un voto de la Señoría veneciana, tras haber cesado la peste del año 1576. Es un milagro de clasicismo vivo, alineado con las cosas más bien humildes del muelle de Santa Croce, este templo que, sin embargo, no las anonada y que nos habla de un artista que sabía transformar sus intenciones en formas capaces, no sólo de expresarlas, sino también de explicarlas y hacerlas buenas frente a los manieristas de su época a fuerza de novedad y equilibrio en el manejo de un lenguaje arquitectónico tomado de la más pura tradición clásica.

A continuación, los restos de la antigua casa de los Visconti milaneses, que pasó luego a ser propiedad de los Fóscolo, y, tras el Puente Largo y el Puente Pequeño, que unen a tres de los islotes del archipiélago de la Giudecca, la torre casi enana, pero bien proporcionada, de la iglesia de Santa Eufemia—cuyo patio se llena a veces de un sol como el manchego— y su pórtico dórico, ambos—torre y armonía helénica de columnas blancas— ya en frente de mí; y, a mi diestra, las casas góticas del muelle de San Biagio y el palacio de Vendramín, capricho del dogo Andrea edificado en el siglo XVI. Más a la derecha, la enorme, extemporánea e inoportuna, por su forzada modernidad caduca, masa de ladrillo llamada de los Mulini Stucky, que me recuerda—¡aquí en la laguna!— a las construcciones entre áulicas e industriales que se ven desde el tren al llegar a Estocolmo o a Helsingfors: final nada veneciano, apenas dignificado por la mancha verde de unos jardines, de la orilla de enfrente del canal.

A lo lejos y cerrando el horizonte por la derecha, unas instalaciones fabriles, en medio de las cuales destaca una estructura metálica que tiene aspecto de encogido arcoiris gris, me recuerdan; con sus colores difíciles de discernir entre la neblina de la distancia, las habilidades analíticas y las improvisaciones cromáticas de uno de los maestros del impresionismo: de Claude Monet, quien, de estar ahora en mi balcón de piedra de Istria, tal vez concebiría, a la vista de tanto aire y tanto hierro lejano, una serie de pinturas complementarias semejante a la muy célebre de la fachada de la catedral de Ruán.

Me he acordado de Monet y, en seguida, y no sólo debido a la semejanza de los nombres, de Edouard Manet (1832-1883), el centenario de cuya muerte se cumplió el año pasado, y con motivo del cual se instaló una completísima exposición de sus pinturas y grabados, y de sus dibujos, en el Palacio Grande, coronado por arrebatadas cuadrigas, de los Campos Elíseos parisinos. La visité entonces—inmediatamente después de haberme visto sometido, en un estudio de la cercana Radiodifusión Francesa, a los interrogatorios de dos emisiones sobre poesía— y su recuerdo se une a mi contemplación de una de las más bellas perspectivas de esta Venecia que fue tan amada y admirada por Manet y por muchos de sus contemporáneos, pues precisamente uno de los cuadros más bellos de la exposición conmemorativa era un luminoso paisaje veneciano.

Ha habido tantas Venecias como artistas y escritores—o grupos, generacionales o no, de unos y otros— se han ocupado de esta singular ciudad en la que se mezclan los estilos (el románico, el gótico, el renacentista, el barroco, el neoclásico) de manera inextricable a veces, pero la que goza hoy de más popularidad es la Venecia decadente que empezó a ser inventada en los tiempos en que Manet luchaba a su manera contra la decadencia. De ahí que el cuadro suyo al que acabo de referirme se ocupe de masas arquitectónicas y de problemas lumínicos más que de recuerdos históricos o intuiciones nostálgicas. Lo cual da mucho que pensar.

La admiración que Manet sentía por Velázquez y por Goya—a los que copió y glosó abundantemente en sus propios cuadros—, así como su amistad con poetas a los que admiró tanto como a Baudelaire, Mallarmé y Charles Cros, me han hecho concebir en más de una ocasión sentimientos de indignación contra los jurados que rechazaron obstinadamente las obras que solía presentar, tan ingenua como inoportunamente, a los Salones de Bellas Artes de París. Pero tras haber contemplado la exposición del Palacio Grande con objetividad analítica y tratando de insertar mis conclusiones en una perspectiva rigurosamente histórica, me dí cuenta de que ésta de los rechazos no es una historia de buenos y malos, sino un sencillo malentendido provocado por el mismo Manet. Y el malentendido consiste en que nuestro artista quiso pintar la actualidad pero, aunque la intuyó, no supo encontrar la técnica adecuada para hacerlo.

Los primeros cuadros notables de Manet, pintados

entre 1859 y 1865, pretenden ofrecer la visión de una España de pandereta, es decir, de un país que no conocería hasta este último año; y tanto por esta circunstancia como por su deseo de imitar en ellos a Velázquez y a Goya, son más académicos que románticos, más especulaciones de taller que productos de la experiencia. Manet quiso, al pintarlos, abandonar las convenciones en que había sido educado por conture y buscar la verdad artística en los maestros del pasado, y no sólo en los españoles, sino también en los italianos; y si bien es cierto que supo aislar en las obras de aquellos maestros los elementos formales necesarios para el cumplimiento de sus propias intenciones, no lo es menos que no supo integrarlos, armonizarlos en un estilo, en una manera, artísticamente convincente. Un ejemplo de ello es su célebre "Olympia", cuyo indiscutible modelo es la "Venus de Urbino", del Ticiano pero a la que le falta el poder mitificador, o, más modestamente, la sugereencia idealizadora imprescindible en una obra de esta naturaleza.

Manet, influido por su amigo Baudelaire, quería ser modelo pero no sabía cómo serlo, y por ello llegó, incluso, a coquetear con el naturalismo de su amigo Zola. No supo glosar libre y desprejuiciadamente—incluso irrespetuosamente— las obras de sus admirados clásicos como, años más tarde, harían un Van Gogh o un Picasso; ni supo, como su contemporáneo Degas, aprovechar la lección del impresionismo para hacer una pintura realista que, como la de éste, está todavía por superar en su género. Y, sin embargo, no puede decirse que Manet no fuese un artista importante. Fue un pintor de intenciones: de buenas, justas y oportunas intenciones que su timidez, o un exceso de honestidad, le impidió convertir en obras maestras. Así, en sus pinturas se insinúan tanto las ingenuidades y torpezas geniales de un Rousseau el Aduanero como los mejores momentos de Degas o de Toulouse-Lautrec, que se insinúan sin realizarse, quedándose a medio camino entre la intención y la ejecución. Y no sólo eso: con poco esfuerzo de análisis y de imaginación crítica, se ve que la pintura de Manet conduce directamente a las manchas silueteadas de Matisse, a la rudeza de los expresionistas, a los arabescos de Dufy. Conduce, en suma, a nuestro siglo.

¿Gran pintor fracasado? No me parece una paradoja afirmarlo: el arte exige sus víctimas tal vez como propiciación por las grandes obras que han de ser realizadas por otros. Comprenderlo es una de las muchas maneras—ninguna de ellas infalible— de acercarnos al misterio de la creación artística.

LIBRERÍA

Gómez-Menor

EDITORIAL
Zocodover.
TOLEDO

Calle Comercio, 43

Teléfs. 22 13 69 y 22 91 62

TOLEDO

La poesía y la ciencia

La Poesía no puede ser ajena a los movimientos científicos de nuestro siglo XX, y en algunos poemas actuales se mezcla algo de física, química, matemática, medicina y cosmología, y hojeando los libros de ciencia he observado que sus fórmulas parecen poemas del SIGNISMO—movimiento aparecido hace unos años en Buenos Aires y del que fui uno de los principales promotores—.

Si la metáfora de la poesía se construye con la palabra, la metáfora de la ciencia la construyen las fórmulas, y si el poeta es el clarificador de la palabra, el que llega a la raíz del idioma para poner entre los hombres la luz desnuda de la Realidad, el científico es el poeta de la materia, el que trabaja en su laboratorio para que el hombre pueda subsistir en su lucha por la vida.

Es curioso que una gota de agua, una hoja, el pétalo de una flor o la corteza de un árbol contemplada al microscopio se convierta en una realidad tan pura que hace de esa materia un mundo abstracto de belleza, por eso no creáis en la aridez de la ciencia, porque el científico

también trabaja con la imaginación, y los grandes descubrimientos se deben al poder imaginativo del hombre.

Yo defiando en mis poemas a esos hombres de ciencia que luchan por el bien de la humanidad, pero también ataco a esos sabios que crean la destrucción y están pudriendo nuestro planeta con sus bestiales y antihumanos experimentos.

Yo pido a todos los científicos que luchan por la paz, la libertad y el amor a la vida; que luchan porque la vida que nos han dado no sea tan sólo una palabra, que luchan para que el hombre y la mujer sean más libres, para que los niños sean más libres y que pongan la ciencia al servicio del hombre y de la civilización para que cada día sea más habitable nuestro planeta; que la ciencia se oponga a esos científicos vendidos al Dios Oro que con sus experimentos atómicos y químicos y sus grandes fábricas al servicio de la sociedad de consumo, están envenenando la tierra que habitamos.

Manuel PACHECO

Los folletines de **LA VOZ** del Tajo

Nos llega del mar de Cangas, frente a Vigo, un libro antológico de un joven poeta en lengua gallega: Xoaquín Agulla Pizcueta. Es éste el tercer libro del autor en el que, además de incluir gran parte de los dos primeros (*Cántigo* 1981 y *Ensoños de Breila*, 1982), nos ofrece una densa selección de su última e inédita producción poética. *Aquí fican melodías* es el título de esta nueva entrega al lenguaje de Rosalía, en el buen hacer de un poeta que, por derecho propio, pertenece ya a una joven generación de creadores gallegos. Por sus versos sentimos el aire fresco y las violentas olas del Atlántico. Sus "melodías" forman parte de un hermoso concierto ofrecido por múltiples instrumentos musicales.

La presente edición (Pontevedra, 1984) se inicia con un amplio estudio de Francisco López, crítico gallego, habitual colaborador de nuestras páginas. En él analiza, de forma detallada, la poesía de Xoaquín Agulla, al que Francisco considera "un juglar apasionado, un bardo antibelicista, un poeta trascendente". Por eso hemos pedido a Francisco López, profundo conocedor del poeta, la traducción de estas cuatro "melodías".

Aquí Fican Melodías

xoaquín AGULLA Pizcueta



1976 - 1984

Edición crítica, introducción e notas de
FRANCISCO LÓPEZ

distribúe: **edicions xerais de galicia, s.a.**

Portada de "Aquí Fican Melodías"

Xoaquín Agulla: poeta de Galicia

FUSCO

*pensei primeiro
que era amor
... era silencio...*

*logo pensei... amor...
que era dolor
era friaxe*

*que lonxe está o amor
por veces da verdade*

ENSOÑOS DE BREILA

*cada animal é un rito
ser home aínda é fracaso
involuntario*

*voces
que embelesan*

*os galos
espertan
para o home
finar é existir*

¿ata cando a mortal eternidade?

*na aba do mar
as meigas
cos tabeiróns
fornican*

*sete sallas
ten o crego
sete tiñaas
Marica*

*alailá
de primavera*

*predicade escolanía
que eu farei mesmo cós Borxa
unha vida moi cumprida*

*sete sobriños tiña
e todos de Marica
non fagas o que eu fago
senón o que eu che diga*

*alailá
da hipocresía*

ELEXIAS DE TIRATIA

*A vida
só ten unha morte
intocable e nosa*

*os que non estamos
dispostos a sangrar
por ningunha patria*

saudámoste Caesar

AL ANOCHECER

*pensé primero
que era amor
... era silencio...*

*luego pensé... amor...
que era dolor
era frialdad*

*que lejos está el amor
a veces de la verdad*

ENSUEÑOS DE BREILA

*cada animal es un rito
ser hombre aun es fracaso
involuntario*

*voces
que embelesan*

*los gallos
despiertan
para el hombre
morir es existir*

¿hasta cuando la mortal eternidad?

*en el agua del mar
las "meigas"
con los tiburones
fornican*

*siete sotanas
tiene el cura
siete tenía
Marica*

*alailá
de primavera*

*predicad escolanía
que yo haré lo mismo que los Borja
una vida muy cortés*

*siete sobrinos tenía
y todos de Marica
no hagas lo que yo hago
sino lo que yo te diga*

*alailá
de la hipocresía*

ELEGIAS DE TIRATIA

*La vida
soló tiene una muerte
intocable y nuestra*

*los que no estamos
dispuestos a morir
por ninguna patria*

te saludamos Caesar

Xoaquín AGULLA

Re-Lectura

El siglo XI andalusí: testimonio escrito

Durante siglos, cristianos, musulmanes y judíos fueron los eslabones fuertemente trabados de una misma cadena cultural. La corriente de influencias, muy fuerte la musulmana en los primeros siglos de convivencia, fue desplazándose en beneficio de la cristiana, mientras que la cultura judía, como muy bien apunta Leopoldo Azancot, prefirió beber en los manantiales árabes y permanecer celosamente aislada, aunque a la larga, en un continuo estado de latencia, desarrollara el vector más trascendental en el conjunto de las fuerzas de la cultura hispánica.

El siglo XI supone la desintegración del califato cordobés con la aparición de las primeras taifas y el primer gran momento reconquistador de los reinos cristianos. Pero estos no son los únicos fenómenos que merecen ser tenidos en consideración durante esta centuria. El desarrollo cultural de los reinos musulmanes corre parejo al devenir histórico de aquel siglo. Y es que la palmera de la literatura hispano-árabe, injertada con las corrientes literarias orientales, que había empezado a dar sus frutos con anterioridad, conoce su máximo esplendor para decaer con la llegada de los almorávides, a pesar del tardío florecimiento levantino y de figuras esporádicas como Ben Arabí, Averroes, Ben Tofail o el revolucionario Ben Quzman, presto a echar mano del lenguaje coloquial para escribir sus zejeles.

Así, sobre el caos y la decadencia política, el auge y el apogeo de toda una literatura; provinciana, reiterativa en la mayoría de los casos e imitadora de modelos orientales, privándose del refrescante toque de originalidad, como dice de ella Emilio García Gómez, pero al fin y al cabo íntimamente nuestra.

Casidas de Andalucía y Poesías de Ben al-Zaqqaq, El collar de la paloma y El siglo XI en primera persona: las memorias de Abd Allah, último rey zirí de Granada, destronado por los almorávides (1090), nos conducen de la mano, gracias a la labor realizada por E. García Gómez, a través de la sensibilidad y el vitalismo de unos españoles que hoy permanecen en los ingratos rincones del olvido, sin que se

haga mucho por desempalear, no ya su obra, sino la memoria y la personalidad de cada uno de ellos.

Ben Zaydun de Córdoba, Ben Ammar de Silves, al-Mutamid de Sevilla, Ben al-Labbana de Denia y Ben al-Zaqqaq, fueron reunidos. (E. García Gómez lo hizo con *Las casidas de Andalucía* y en *Poesías de Ben al-Zaqqaq*, siendo ambos títulos reeditados en un mismo volumen en 1976), bajo un mismo denominador: utilizar para la traducción un metro típicamente occidental, como es el endecasílabo, para lograr la aproximación entre el lector actual y la poesía hispano-árabe del siglo XI y comienzos del XII, aunque triste es suponer que los poetas antologados y el esfuerzo ejecutado por el traductor acaben perdiéndose, como parece perderse el trabajo de otros muchos españoles sin que necesariamente hayan sido musulmanes o judíos.

EL CONCEPTO AMOROSO DE AL-ANDALUS

Con traducción también de Emilio García Gómez, el libro del cordobés Ben Hazm, *El collar de la paloma*, nos da a probar en deliciosa lectura la granada donde madura el amplísimo concepto amoroso de Al-Andalus. Escrito casi por encargo, el libro nos da una nuestra variada de los usos y costumbres amorosos, particularizando en aquellos casos en que es necesario el ejemplo. Todo un código amoroso que incluye no poca agudez al emitir juicios sobre el comportamiento psicológico de los amantes, dándole al viejo texto cierto aire de contemporaneidad, aspecto éste extensible al mismo autor. Ben Hazm, que en vida sufrió el olvido e incluso la persecución de sus contemporáneos a consecuencia de su carácter polemista y por pertenecer al rito zahirí, minoritario frente a la mayoría ortodoxa malikí, escribió lleno de amargura unas palabras que aún hoy, a siglos de distancia, están impregnadas de un cierto matiz profético: Esto es particularmente verdad en España. Sus habitantes sienten envidia por el sabio que entre ellos surge y alcanza maestría en su arte; tienen en poco lo mucho que pueda hacer, rebajan sus

aciertos y se ensañan, en cambio, con sus caídas y tropiezos, sobre todo mientras vive, y con doble animosidad que en cualquier otro país. Ben Hazm parece no poder escapar a su destino y junto a él, al que se ha venido llamando rey historiador, Abd Allah de Granada, menos ambicioso en sus propósitos que el rey Alfonso X en su *General Estoria* y en la *Cronica General*, pero no por ello menos emotivo.

EL SIGLO XI SUS POSTRIMERIAS

Abd Allah es depuesto y deportado, como al-Mutamid de Sevilla, por los almorávides en los años finales del siglo XI. En Agmat, mientras el rey poeta recuerda en versos de estremecedora humanidad los pasados días de su corte sevillana y los que entonces vive en el destierro africano, el granadino se compla-

ce, también desde su exilio norteafricano, en ofrecernos sus memorias, la historia de su familia, los Banu Zirí, y la de los bereberes Sinhaya que cruzaron el Mediterráneo para formar parte del ejército de Almanzor. Los hombres y los hechos que configuran la existencia del siglo XI van apareciendo desde el prisma autobiográfico del último zirí: la reforma militar de Almanzor; la caída del califato y los desórdenes que ocasiona; la formación del reino de Granada y la construcción de la ciudad junto a la antigua Elvira; el entresijo de luchas y de intrigas políticas con que se ven salpicados los reinos, incluidos los cristianos con Castilla y su monarca Alfonso VI a la cabeza, y las que se suceden en la mismísima corte granadina; la entrada de los almorávides en la Península. Y por debajo de todo este maremagnum, la vida

de un pueblo más preocupado por las labores agrícolas y el cultivo del espíritu que por hacer la guerra a su vecino.

Un siglo, el oncenno, que parece desvanecerse como la niebla con los primeros calores del sol. Un siglo complejo en el largo camino de la Historia y una literatura que desborda los cauces de ese siglo pero que acaba perdiéndose, como las aguas del río Anah, ante los ojos del espectador. Quiero recordar, como final, los versos del poeta valenciano Ben Jafaya:

¡Oh andalusíes! Qué felices sois! Tenéis agua, sombra, ríos y árboles.

El paraíso eterno está en vuestras moradas. Si pudiera escoger, éste sería el que eligiera.

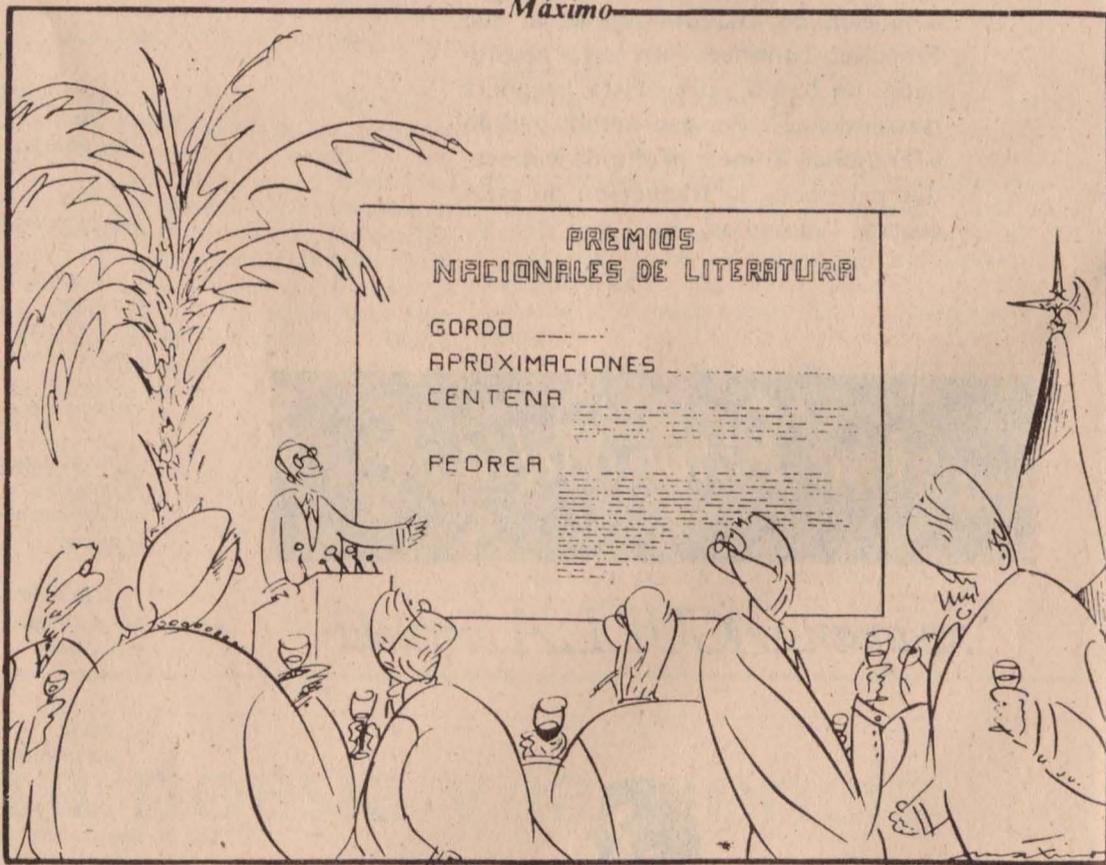
No creáis que habéis de ir al infierno. Después de estar en el paraíso no se puede ir al fuego.

Sirvan como homenaje a aquellos hombres y a los que hoy pueblan las tierras de esta Península paradisíaca, aunque ya no lo sea tanto; basta con ver el Tajo pasando por Toledo.

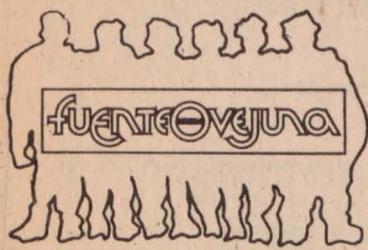
Edmundo COMINO

¡Muy bueno! ¡Muy bueno!

Máximo



Con permiso de "El País"



LIBRERIA GENERAL-PAPELERIA
LIBRERIA INFANTIL
JUEGOS DIDACTICOS

Calle de Santa Fe, 4 Tfno.- 22-36-56
TOLEDO

Verdepino

— MODA —

C/ Alfonso X "El Sabio", 8
Teléfono 21 29 54
TOLEDO

Dulces de Navidad
y alimentos especiales
para diabéticos,
celiacos y alérgicos.

Todo tipo
de plantas medicinales,
esencias, extractos
y jarabes.

Lo encontrará en
**CENTRO DIETETICO
HERBOLARIO
SANTA CLARA**

C/ Núñez de Arce nº 1
Teléfono 22.72.78
TOLEDO

LA MUJER BARBUDA

Dirige:
José Antonio Casado

Coordina:
Damián Villegas y
Amador Palacios

Correspondencia: Redacción
de Toledo de La Voz del Tajo,
Barrio Rey, 9